

# ARROYO DE LAS CRUCES

(ESPACIOS DONDE ENCONTRARSE A UNO MISMO)

Villanueva del Duque está llena de espacios, tanto urbanos como naturales, donde encontrarse a uno mismo. El arroyo de Las Cruces, con su pequeña alameda, que se intuye desde la colina donde se asientan la ermita de la Virgen de Guía y el cementerio, es uno de ellos.

Aunque no se trate de uno de los lugares más interesantes para la recogida de setas de cardo ni, mucho menos, para la búsqueda de espárragos, es un ámbito grato para pasear -cuando los rigores del tiempo lo permiten-, capaz de sorprender por la sugerencia de calma frente al ocasional zumbido de algún coche, por ser una sutil fractura en el lomo verde oscuro del encinar, por la capacidad que tiene para metamorfosearse según el doble eje de cambio de las estaciones y de las horas del día y por la potencialidad simbólica que guardan los elementos que lo componen: arroyo, alameda y berrocal.

Con el cambio de estaciones, la alameda se ha convertido en un ámbito bifronte que se transforma cíclicamente. Acostumbrado a la frondosidad, el paseante suele visitarla cuando la tarde se detiene en las ramas pobladas de hojas, que adquieren un tono dorado con la caída del sol, y de pájaros que comienzan a alborotar; sin embargo, a primeros de diciembre descubre con asombro un nuevo paraje desnudo, cuyos álamos han dejado de ser el sonajero infantil que el viento le ofrecía para convertirse en las finas agujas que parecen herir el vientre hinchado de un cielo que anuncia el invierno y que filtra las caricias de un frío sol reconfortante.

De las metamorfosis horarias, la más sugerente es aquella en que los álamos se alargan, ya sea por el nacimiento o el declive de la luz, hacia el noroeste o nordeste, buscando la sierra de Santa Eufemia; no obstante, la más benefactora se revela cuando el inmisericorde sol cae a plomo, reduciendo la sombra de los árboles a su mínima dimensión, y las ramas pobladas sirven de cobijo.

Sea cual sea el momento en que el paseante se adentre en la alameda, intuye el rumor del agua que serpentea entre los chopos con monótona precisión. Inmediatamente, el sonido está dentro de él y los recuerdos, que, en no pocas ocasiones, pertenecen al mundo de la

ficción y no al real, afloran. Camina despacio. Respira la humedad reconfortante y consigue apartar de su mente, aunque sea de un modo fugaz, el vergonzoso aumento del paro, el humillante enriquecimiento de unos pocos en los momentos actuales, el denigrante plan de ajuste impuesto a la clase media y a los que no tienen nada, el descrédito de quienes nos dirigen y términos que se nos han vuelto tan familiares como desaceleración, crisis, recesión, rescate, deuda pública o prima de riesgo.

Cuando sale de ella, en busca de la carretera de Villaralto se topa con una de las afloraciones graníticas más impactantes de la penillanura en que sobrevive. El batolito parece desgajarse en caprichosas e hirientes formas cuando roza el aire. El resultado es un berrocal cuyos berruecos encierran la belleza de aquello que no podemos controlar y lo devuelven a la dura realidad.

Este contacto del hombre con la naturaleza -observación- se convierte en paisaje en el momento en que el ser humano procede a su conocimiento a través de la inteligencia -contemplación-, convirtiéndolo en una construcción mental. Estamos, pues, ante un concepto estético, que necesita inevitablemente del mundo físico y de la mirada de quien contempla. En este sentido, podemos afirmar que cualquier paisaje es, por tanto, una creación humana conformada por la subjetividad de la persona que está delante de él, con lo que un mismo paisaje puede ser percibido de modo distinto por diferentes personas e, incluso, por una misma persona dependiendo de diversos factores externos e internos.

De mis paseos por este espacio singular nació el poema "Alameda", publicado en *Perímetro de la tarde* (Rialp, Madrid, 2007); de las historias que he oído contar a nuestros mayores surgió la ambientación del relato "Viento de dirección suroeste", escrito en diciembre de 2006, que forma parte de *Los que miran el frío* (Ediciones Espuela de Plata, Sevilla, 2011)



## ALAMEDA

I

Revisten con su piel  
los álamos el suelo:  
sus escamas se pegan a las botas  
como los años a las cervicales.

II

Traza sus ángulos  
agudos el arroyo,  
deleitándose  
en todos los tocones de los álamos,  
con la conciencia  
de que no moverá dos veces  
la misma hoja.

III

De tan dulce ulular que no se nota.  
Con la paciencia del buen artesano  
que conoce su oficio, la corriente,  
que lame los gujarros,  
ofrenda un cenicero al tiempo  
y permanece  
tan fugitiva que parece quieta.

FRANCISCO ONIEVA

23

2012